

Hasta el presente editamos  
autores de :

## ARGENTINA

### Ciudad de Buenos Aires:

Estela FINCK  
José-Ángel GREGORIO  
Adriana KOLYVAKIS  
Haydée Blanca MARTÍNEZ  
Carlos PENSA  
A.E. RODRÍGUEZ MOLINA  
Isabel ROTETA  
Jorge SARAFIAN

### Pcia. de Buenos Aires:

Héctor Javier BELECCO  
Lía ELIZALDE  
Amanda PATARCA M.

### Pcia. de La Rioja:

Joaquín V. GONZÁLEZ

### Pcia. de Río Negro:

Pascual MARRAZZO

## CUBA

Emilio COMAS PARET

## URUGUAY

Rubinstein MOREIRA

## U.S.A.

Ralph J. FERRARA

Al escritor cubano **EMILIO COMAS PARET** lo imaginamos elaborando sus poemas y narraciones mientras participa activamente en la transformación socialista de su país.

Es un destacado oficinante de la palabra y un trabajador institucional en el Ministerio de Cultura y en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Sensible y reflexivo describe los acontecimientos de los cuales fue testigo como escritor — transformándose en cronista— y partícipe como combatiente en la guerra de Angola en 1976. De esa simbiosis nacieron relatos producto de sus experiencias personales y de su cuidado estilo. El presente trabajo ha sido publicado en la colección *El Caballo de Coral*, nombre tomado de la obra homónima de Onelio Jorge Cardoso justamente considerado el Cuentero Mayor de Cuba.

Correspondencia con el autor:

**Tulipán 1012, Apto. 203 esq. Loma  
Nuevo Vedado - Habana - CUBA**

**Tel. 81-8830**

Recientemente publicamos a los escritores:

|                          |                           |
|--------------------------|---------------------------|
| <b>HÉCTOR J. BELECCO</b> | <b>HAYDÉE B. MARTÍNEZ</b> |
| <b>RALPH J. FERRARA</b>  | <b>AMANDA PATARCA M.</b>  |
| <b>MAESE GREGORIO</b>    | <b>RUBINSTEIN MOREIRA</b> |
| <b>JORGE SARAFIAN</b>    |                           |

Director de la colección :

**CARLOS PENSA**  
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"  
1193 - Buenos Aires - Argentina  
Tel. y Fax: 88 - 2552 (las 24 hs.)

*Distribución mundial* (p/dalo)

17  
todo es **Cuento®**  
y

emilio  
**Comas Paret**

coleccionable

Septiembre de 1993

e.C.P.

## PEQUEÑA HISTORIA TRISTE DE MARGARITA

*Margarita,  
te voy a contar un cuento.*

*Érase un rey que tenía  
un palacio de diamantes,  
un rebaño de elefantes,  
un reino de malaquita  
y un gran manto de tisú,  
y una linda princesita,  
tan bonita, Margarita,  
tan bonita como tú...*

... y la niña empezaba entonces a caminar apurada con su botella bajo el brazo y una sonrisa linda y grande en la cara.

Eso fue al final, ya casi antes del regreso, pero no siempre fue así. Cabinda es una región donde el invierno avanza débil, como un viejo que tuviera muchos años. El verano en cambio había sido vigoroso, fuerte. Con sus constantes lluvias y las fiebres palúdicas. Ahora, diariamente, hacia las seis de la mañana el día resucitaba acompañado de una brisa fresca.

Yo siempre he dejado la cama temprano. Me gustaba enfundarme en un abrigo demasiado grueso para el momento y salir a burlarme del frío mientras recorría los patios del cuartel. Era un cuartel del colonialismo y los cuarteles del colonialismo todos son iguales. Fortalezas impresionantes, grandes alambradas, garitas, lugares por separado, para oficiales y soldados, y el burdel; el burdel fuera del cuartel, pero muy cerca para satisfacer los apetitos de la tropa.

De ahí mismo había salido la primera agresión. Y fue sobre mi cuarto por tener la luz encendida. Un rafagaño abrió en dos la ventana, pero nada más. La policía detectó enseguida a los atacantes. Dicen que tenían la trinchera debajo de una cama.

Un día durante un paseo la vi. Era una niña blanca, de unos tres años. Recoστάda contra la alambrada y acurrucando en sus brazos, como si sostuviera una muñeca, una botella vacía color ámbar.

En Cabinda se siente poco frío. Pero un niño es un niño y sus carnes desnudas, quemadas por el aire, estaban erizadas. Su rostro era un solo miedo, un miedo largo, triste dentro de aquella cosa ingenua de los niños.

Entonces la vi. En el ejército hay que cumplir las órdenes. Y las órdenes eran no ofrecerles comida a los civiles, y se argumentaban miles de razones lógicas, pero era una época mala y el hambre se enseñoreaba en los niños junto a otros males.

Por eso no recordé que yo era un oficial, tampoco que estaba viviendo en el cuartel de los colonialistas, que llevaba una pistola colgada al cinto y tenía un abrigo fuerte y grande, con los grados colgándole de los hombros.

En eso la vi, y quise hablarle. Hilvané las tres o cuatro frases que sabía en portugués y le pregunté qué era lo que buscaba.

Fue como la explosión de una granada. Y su rostro pasó violentamente del miedo prolongado al terror, iniciando luego un llanto lento que a mí me pareció amargo.

Y fue de pronto mi pequeña hija.

Aquella que a miles de millas esperaba y en cada carta enviaba pequeños dibujos y sus primeras letras.

Y me aplastó entonces toda la emoción del universo.

Quise ser amigo, ganarme su confianza, que no se asustara; decirle otras cosas que no podía.

Con cuidado le quité la botella de las manos y entré en el comedor. Era una hora de pocos comensales y no fue trabajoso conseguir alguna leche y unos trozos de pan con mantequilla. Volando con todo aquello en mis manos volví a las alambradas.

—“Margarita”— me había dicho el cocinero.

—Toma Margarita— le dije tratando de usar mi mejor sonrisa y la voz menos fuerte.

Entonces el miedo abrió sus manos, estiró los brazos, agarró las cosas y corrió, corrió como quien lleva la amenaza a la espalda.

Después el cocinero me lo dijo. Su madre era una mulata del burdel. Su padre, quién sabe, de la tropa colonialista. Pero las obligaciones le sobran a los niños pobres y Margarita debía buscar qué comer a sus hermanos pequeños.

Sabía que temprano en la mañana era más fácil para el cocinero.

Al otro día ya la esperé. Sin hablar tomé de sus manos la botella y volví con los panes.

Y así, día tras día, la veía alejarse corriendo; hacía malabares con las cosas.

Un día sonrió. Y para mí fue el estallido de un gran fuego artificial. Comencé a hablar.

A mi pequeña siempre le gustaba que yo le hablara del rey, y del rebaño de elefantes y la princesita, y aunque el idioma era una barrera eso mismo le dije.

Entonces esperó pacientemente a que yo terminara de hablar, me miró un momento sin dejar de sonreír y se alejó apurada.

Y así fue desde entonces.

El día de la partida no me despedí.

Le dí las cosas y empecé a hablar y seguí hablando hasta que, a lo lejos, a través de las lágrimas y los elefantes, se perdió la figurita borrosa con su sonrisa como una estrella.

EMILIO COMAS PARET